



ESTATUILLA
TÍPICA DE LA
DIOSA COA-
TLICUE, LA
DIVINIDAD
AZTECA DE
LA TIERRA
QUE ESPERA
EL RETORNO
A ELLA DE
LOS HUMA-
NOS DES-
PUES DE LA
MUERTE

EL RESPETO A LOS MUERTOS Y EL DESPRECIO A LA MUERTE

ESTAMOS ante una «ofrenda» de las acostumbradas en los pueblos indígenas. La encontramos—día 2 de noviembre— en el camposanto, sobre la tumba de los deudos de la familia que la ha elaborado. Es un sencillo armazón de varas, cubierto con flores entre las que predominan los cempasuchiles. Sobre la tierra misma y en candeleros producto de la cerámica de la región, tantas velas cuantos son los miembros de la familia muertos. En platos de la misma elaboración y hechos especialmente para el día, encontramos algunos alimentos entre los que predomina el pan: un pan, aunque elaborado también para la ocasión, de forma sencilla o de «ánima», polvoreado con azúcar y pintado de solferino.

Aquí encontramos el primer atrayente dato, sobre la forma como conciben la muerte los diferentes núcleos de la población en México y las diferentes artes a que da lugar esta concepción y la celebración del Día de Difuntos, celebración en que parece descubrirse la feroz diosa de los aztecas, la Coatlicue, divinidad de la tierra, que espera pacientemente el retorno a ella, como máximo homenaje de los humanos. Como si se tratara de una amarga réplica del cristiano polvo eres y en polvo te convertirás.

Nuestras observaciones no pueden llegar hasta las viejas ideas del indígena precortesiano, a la filosofía materialista que han creído encontrar en ellos algunos autores. Hemos de limitarnos al México actual, y si hemos de observar lo que acontece en los núcleos indígenas que aun perduran, es preciso no perder de vista que en ellos se encuentra la influencia de largos años de vida cristiana.

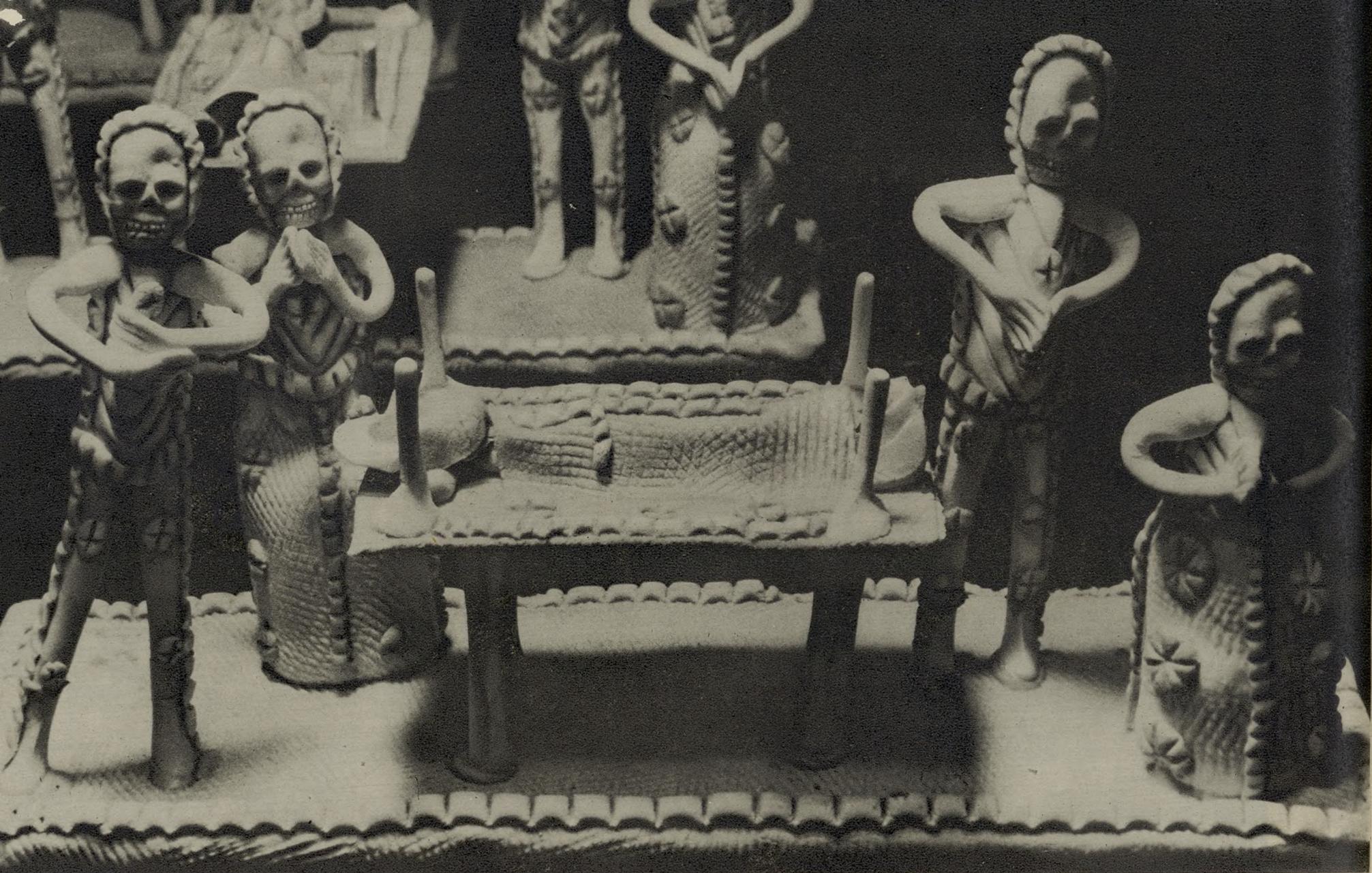
Y porque fueron los indígenas desde el primer momento cuidadosos relicarios de la nueva religión, no es de extrañar que aún hoy día guarden con gran recogimiento las fiestas religiosas, y muy especialmente aquella que parece pregonar la existencia de un mundo superior y venidero cuando la carne haya vuelto al seno de la Coatlicue.

Por ello los vemos el día de muertos recogidos, atentos al cumplimiento de los deberes para con sus muertos, en espera quizá de que, cuando a su vez ellos hayan dejado este mundo, haya alguien que continúe la tradición reverente y repitan en provecho de las almas de los difuntos, los mismos actos que ahora ellos realizan.

El indígena piensa que debe estar agradecido con los que antes que él vivieron, porque a ellos debe la vida misma y la situación y bienes de que disfruta. Debe, por tanto, corresponder a los servicios que ha recibido, tratando de comportarse



«LA CALAVERA CATRINA DE POSADAS» (FRAGMENTO DE UN MURAL DEL PINTOR DIEGO RIVERA)



EN EL ESTADO DE MICHOACAN SE OFRECEN A LOS DIFUNTOS ESTOS DULCES DE PASTA DE ALMENDRA EN FORMA DE ESTATUILLAS

con los muertos en la forma precisa para que el dolor no haga presa en ellos. Le parece necesario cubrir las necesidades de los difuntos.

Una de éstas es, sin duda alguna, la de alcanzar el cielo. Por ello las oraciones y los cánticos y el «encargar responsos» en el mayor número posible al sacerdote del templo más cercano.

Pero vienen a mezclarse con lo anterior elementos en que podrían descubrirse notas de materialidad o influencias de paganismo. El indígena teme que sus muertos regresen a este mundo.

Lo teme, por él mismo, pues el encuentro con un «difunto» o con un «ánima», acarrea trastornos tales que casi siempre conducen a la muerte. En los labios de los viejos sobre todo, abundan las historias de hombres que se encontraron un «difunto» y les hizo algún encargo o les indicó el lugar en que se encontraban fabulosos tesoros; pero la vida se les acabó sin darles tiempo a hacer el descubrimiento o alcanzándoles apenas para cumplir con lo que se les había encargado. Los muertos que vuelven a la tierra tienen así características parecidas a las que los antiguos autores griegos y romanos señalaban a las almas de aquellos cuyo cadáver había quedado insepulto.

El indígena teme también el retorno a la tierra, por los propios difuntos, ya que su presencia en el mundo que debería haber dejado para siempre, a más de serles dolorosa, está demostrando que no disfrutan todavía de la paz eterna.

Entonces es preciso precaverse y a las ofrendas espirituales agregar algunas de tipo material que tenga el defecto de hacerles innecesario presentarse a los vivos y al mismo tiempo les sirvan de remedio para sus necesidades.

Y decimos de tipo material y no materiales simplemente, porque si bien el objeto que se ofrece es material, no acontece lo mismo con lo que de él toma el difunto. El muerto está sobre la faz de la tierra e indudablemente tiene necesidades parecidas a las de los humanos. Habrá de alimentarse y por ello es preciso llevarle panecillos expresamente elaborados, frutos y dulces. Pero la necesidad de alimentarse que tiene el difunto no requiere, para ser satisfecha, la ingestión de aquellos alimentos. A él le basta con tomar de ellos el olor y el sabor.

No es raro encontrar conglomerados indígenas en que parte de este rito se haga consistir en llevar, cuando el día de muertos ha concluido, aquellos alimentos que sirvieron para el difunto, como obsequio al sacerdote que hubiera estado rezando durante el día o aun como estipendio por los mismos responsos.

La primera variación ha de encontrarse en que ya la ofrenda no se coloca en el camposanto sino en el hogar mismo, en uno de los cuartos mejores y perfeccionada hasta constituir un verdadero altar, en cuya mesa se colocan los alimentos. Estos, naturalmente se vuelven más complicados. No deja de usarse el pan; pero se busca su mejor sabor y aparecen así los «hojaldres» especiales del día de muertos. Los platillos preferidos por los vivos también figuran allí. Las velas, los candeleros y todos los objetos de cerámica necesarios, se refinan más y más y aun se llega a encontrar el caso en que «la ofrenda» viene a constituir un verdadero alarde de las posibilidades económicas de quien la pone o de los valiosos objetos con que cuenta. No es raro encontrar que en éstas, los objetos de barro nativo, son substituídos por otros de las más finas porcelanas y que en vez de los sencillos alimentos de la ofrenda indígena, se encuentran los más suculentos platillos.

Los muertos siguen siendo respetados en grado sumo. Se les recuerda, se trata de ayudarlos a salir de los duros trances en que puedan encontrarse en ese otro mundo desconocido a que han llegado. Para ellos, con la ofrenda, hay siempre la oración, considerada como el mejor auxilio que pueda serles proporcionado.

Pero la muerte es otra cosa. Sentimiento común al mexicano es el desprecio que por ella siente. Casi podría decirse que a los ojos de todos no es buen mexicano quien no sienta ese desprecio. Y no, por cierto, porque se tenga una idea fatalista, porque se esté convencido de que la muerte es algo tan inevitable que más vale dejarla a un lado, sin mirarla siquiera.

Las cosas son en este punto bien distintas. Se sabe que la muerte es la autora de la máxima prueba a que se ve sometido el humano; por ello, despreciarla, es una verdadera afirmación de que se tiene la entereza de llegar a esa prueba sin temores.

Este sentimiento se expresa con frecuencia y con cualquier motivo; pero es el día de difuntos también, cuando tiene sus más claras manifestaciones, porque ha llevado a la creación de costumbres que claramente lo expresan. Año tras año en este día, por ejemplo, hacen su aparición en los mercados las tradicionales «calaveras».

Trátase de una figura que imita una calavera humana y que se elabora de los más diversos materiales; pero especialmente de azúcar. En ella se marcan los rasgos más salientes con algodón, escarcha, anilinas o papeles de colores y no debe faltar en cada una o la leyenda burlesca—a mano tenemos una en cuya frente se lee: «así te verás, Tongolele»—o un nombre propio. El comprador escoge la calavera que lleve el nombre propio o, si de regalarla se trata, el de aquella persona a quien desea obsequiar.

Conduce el mismo sentimiento a la elaboración de multitud de objetos burlescamente relacionados con la muerte. Así los «entierros» en que sacerdotes y deudos hechos de palitos cubiertos con vistosos colores y con cabezas de garbanzo, van llevando a enterrar a su «difunto».

Así también la reproducción de escenas, las más importantes de la vida real, en que se descarna a quienes en ella participan, para presentarlos como esqueletos o como calaveras.



ESTADO DE JALISCO.—«ORQUESTA DE MUERTOS». FIGURILLAS DE BARRO COCIDO Y POLICROMADO, BURLA O DESPRECIO DE LA MUERTE, POPULARES EN AQUELLA REGION MEJICANA



«LA CALAVERA TAPATIA», GRABADO HUMORISTICO DE POSADAS: «NO ES BUEN MEXICANO QUIEN NO SIENTA EL DESPRECIO DE LA MUERTE».

Esto, lleva, en fin, a publicaciones literarias llamadas «calaveras», que consisten en pequeños poemas sobre personajes vivos en que se les da por muertos y se señala como causa de la muerte precisamente alguna de sus particulares características. Sin afán de seleccionar, simplemente con el fin de presentar un ejemplo de este tipo de manifestaciones literarias, recordaremos la «calavera» de una persona de apellido Loza, cuya principal característica se encontraba en su escasez de carnes:

Quiso la Parca segar—la triste vida de Loza;—mas yo le he de preguntar—a esa Parca goloza—¿qué es lo que se va a llevar?

Claro es que estas publicaciones van ilustradas en forma que concuerde con la intención de cada «calavera». Aparecen entonces los dibujos de panteones grotescos de tumbas en las que se entremezclan elementos de la vida diaria, de caricatura de los hombres aludidos, en que la base está constituida también por el tema de la muerte.

Pero quizá las más interesantes manifestaciones tanto de la forma como se concibe la muerte, como del hábito de rendir culto a los muertos, las encontremos en los objetos de cerámica de manufactura casi siempre indígena que, especialmente en las vísperas del Día de Muertos, son puestos a la venta en los mercados.

Entonces es posible admirar el primitivismo de las concepciones artísticas de los indígenas del Estado de Morelos, la sencillez y colorido de los orfebres del Estado de México, la finura de los de Puebla, el exquisito «vidriado» de los Michoacanos, los caprichosos dibujos que en todas partes logran mediante el sencillo procedimiento de recortar con unas tijeras sobre un papel cualquiera, para hacer los manteles que habrán de colocarse en la «ofrenda» o que serán utilizados para vestir algunas de las caprichosas figurillas.

Es posible admirar, en fin, y gustar los dulces que entonces se elaboran, saliendo muchas veces de los límites de lo popular, para introducirse en las casas de las familias más acomodadas o aun en los conventos. En todas las capas sociales y en todos los estados, no falta mujer que se precie de sus especiales habilidades tanto para elaborar las pastas para tales dulces, como para «esculpir» con toda propiedad, las figurillas que tradicionalmente han de emplearse.

Una y otra vez tenemos que volver al recuerdo de la forma como se celebra el Día de Difuntos, en busca de las características a que hemos venido aludiendo. Estamos seguros de que sería difícil encontrar algún otro país en que los camposantos reciban tan gran número de visitas el día 2 de noviembre.

En México, en toda la República Mexicana, es tan generalizada la conciencia de la obligación de todos, de asistir en este día a un camposanto a visitar a los propios «muertos» aun a aquellos de quienes, por cualquier circunstancia se tiene noticia, que prácticamente ha desaparecido la fiesta de Todos los Santos, primitivamente celebrada con gran solemnidad, para fundirse con la de Difuntos. Aun llega a considerarse que los deberes religiosos son para el día 2 y no para el día 1 de noviembre.

Largas filas de hombres, mujeres y niños desde muy temprana hora, en aquel día se ven llegar a todos los camposantos. Allí donde existen varios que se distinguen por las diversas posibilidades económicas que tuvieron en vida sus actuales moradores, simplemente varían el vestido y las costumbres incidentales de los visitantes; pero el número y la finalidad, son los mismos.

A las puertas de cada camposanto se encuentran ramos de flores u objetos de varias figuras—preferentemente cruces y coronas—también de flores, velas sencillas o cubiertas de los más caprichosos adornos—grecas, palomas, cruces, calaveras—, todos ellos de venta para que nadie se quede sin dejar sobre la tumba que va a visitar, el testimonio de haber cumplido con un deber.

Y, puesto que las necesidades de los vivos no desaparecen durante este día, y la permanencia en el camposanto suele prolongarse durante varias horas, allí pueden encontrar también las masas populares los alimentos y bebidas que sean de su preferencia.

Así es posible la realización de esta verdadera romería: cargados con los objetos para su «difunto» penetran los deudos en el camposanto. Se arregla con los mejores cuidados la tumba y cuando se encuentra en un conveniente estado de aseo, principia el ir desgranando oraciones en sufragio de su alma.

Tal como aconteció en la fecha de su muerte. Después de haber rezado un poco, la conversación se impone y versa casi siempre en torno a las virtudes del difunto o a los actos salientes que hubiera realizado durante su vida.

Se siente alguna conmiseración por las tumbas abandonadas que parecen pregonar que están habitadas por quienes ya no cuentan en este mundo por quien se preocupe de ellos y entre charla y charla no llega a faltar un momento o para una oración por él o de arreglar un poco el aspecto exterior de su tumba.

Y no llega a faltar tampoco, no podía hacerlo el tiempo necesario para que los visitantes injieran sus necesarios alimentos, allí junto o sobre la tumba, tal como si se tratara de una ofrenda colocada en el interior de la casa o de una ofrenda indígena colocada sobre la tumba.

Pero, eso sí, como si hubiera una prohibición expresa, nadie pone ante sus ojos la posibilidad de la muerte propia con tales ocasiones. Hacerlo, sería dar demasiada importancia a un incidente que no la tiene.

M I G U E L C A S T R O R U I Z
FOTOGRAFÍAS: TOMAS MONTERO TORRES
(DEL I CONCURSO DE REPORTAJES «MUNDO HISPANICO».)



PEBETEROS VIDRIADOS DE BARRO COCIDO, DEL ESTADO DE PUEBLA, DE MANUFACTURA INDIGENA, QUE SE PONEN A LA VENTA EN LAS VISPERAS DEL DIA DE LOS DIFUNTOS.